

PANORAMA

17

LA MISION DE LA ETICA SEGUN HARTMANN

Por EDUARDO GARCIA MAYNEZ

LA filosofía tiene por objeto contestar satisfactoriamente estas tres preguntas: ¿qué podemos conocer?, ¿cómo debemos portarnos?, ¿qué nos es lícito esperar?

De las interrogaciones aludidas, constituye la segunda el problema capital de la ética. Su objeto no consiste en estudiar lo existente, sino en descubrir el sentido de lo existente. Ocupa dicha disciplina un lugar intermedio entre las duras realidades de la vida y los ideales lejanos de una contemplación visionaria; y aun cuando no se refiere de modo inmediato a lo real, se halla, sin embargo, más cercana a la experiencia que toda abstracción o que cualquier anhelo. Hunde sus raíces en lo más profundo de la tierra, pero jamás pierde de vista el reino ideal de los valores absolutos, que en su imponente y sublime majestad se eleva sobre ella, como la bóveda celeste sobre los confines del mundo.

El problema del deber surge en casi todos los momentos del vivir, en los más insignificantes como en los más graves; en cada nueva situación, la existencia plantea ante nosotros el eterno problema, y nos exige la definición de una actitud. El peregrino que llega a la encrucijada no puede permanecer indiferente: está obligado a tomar alguno de los caminos que ante él se abren; cada uno de éstos parece llamarle; tiene cada uno su lenguaje propio, perspectiva original y atractivos especiales; mas la decisión está encomendada exclusivamente al caminante. Si su elección es torpe, si se aparta del sendero recto, tendrá que soportar las consecuencias funestas de su error. Este es el precio de su autonomía.

Cada acción nueva es una nueva respuesta que damos a la vida. Una vez consumados, penetran nuestros actos en la esfera de lo irreparable. Lo que llega a ser real, lo que colma un instante en el proceso cósmico, no puede ser ya aniquilado: deviene eterno, como toda realidad. Lo que fue una vez, no volverá a ser nunca del mismo modo, pero ningún poder sobrenatural o humano tiene fuerza suficiente para desterrarlo de la historia. Cada hecho ocupa un sitio en el proceso de lo existente, y ese lugar le pertenece de modo exclusivo, y será suyo hasta la consumación de los siglos.

Por libre que una acción sea en sus orígenes, una vez realizada cae automáticamente bajo las leyes de lo real, y empieza su propia vida, a semejanza del hijo, que al ser separado del vientre de la madre, inicia el curso de una nueva existencia. Toda conducta posee sus resultados, alegres o dolorosos, buenos o malos, importantes o superfluos; y esto ocurre no sólo en relación con el individuo, sino relativamente a una comunidad, generación o época. Lo que siembran los hombres de hoy, es recogido por los de mañana, y lo que aquéllos cosechan, lo sembraron los de ayer. La participación individual en la obra colectiva adquiere a veces enorme trascendencia, y da origen a una responsabilidad insospechada, no únicamente ante los contemporáneos, sino ante las generaciones por venir.

La ética no indica qué es lo que en cada situación concreta debemos hacer; sólo enseña, de una manera general, cómo es posible descubrir lo que constituye nuestro deber. Ofrece simplemente un criterio general; es un elevado mirador, desde el cual las cosas son vistas en su conjunto, de un

modo objetivo, como a vuelo de pájaro. No nos brinda una norma nueva para cada situación especial y cada nuevo conflicto; no indica en qué forma debemos decidir; señala únicamente los criterios que han de guiarnos al adoptar una decisión. No enuncia juicios definitivos, pero nos enseña a juzgar. Por esto no es un conjunto de normas escuetas, un código de prohibiciones y mandamientos, como el derecho. Se dirige a lo que en el hombre hay más sublime, a lo que en él hay de creador. No es consuetudinario, ni debe serlo, pues si lo fuera, mataría toda espontaneidad moral.

"En el corazón humano—escribe Hartmann—hállanse íntimamente mezclados lo caótico y lo demiúrgico; en lo caótico yacen sus posibilidades, pero también sus peligros; en lo demiúrgico se halla su vocación. Realizarla, es ser hombre". (1)

La ética es la gran educadora de la humanidad. Muestra a los mortales cómo es posible formar una vida, realizar lo valioso y cooperar en la obra de Dios. Guiado por aquélla, arroja el hombre su semilla de acción sobre el dilatado campo de la historia, y colabora en el taller inmenso de la realidad. De esta manera cumple su destino y, al convertirse en demiúrgico, divinízase.

1 Hartmann. *Ethik*. Zweite Auflage Walter de Gruyter. Berlin und Leipzig. 1935. Pág. 4.

Es más difícil solucionar el problema del deber, que contestar la pregunta acerca de lo que podemos conocer. El objeto del conocimiento existe inconfundible ante el sujeto; lo que de él se piensa puede ser rectificado si se recurre a la experiencia. El objeto existe en sí y por sí; es algo real. Lo que debemos hacer, en cambio, es algo que aún no está hecho, algo por cumplir, algo irreal, en suma. El pensamiento debe anticiparlo, intuirlo, conocerlo *a priori*. El correctivo experimental hace falta. Surge así la primera aporía fundamental de la ética: ¿cómo es posible descubrir *a priori* los principios morales, y cerciorarse de su validez? La experiencia no es competente para fallar la cuestión. Relativamente a otros sectores del conocimiento práctico, tal dificultad no existe; los postulados y finalidades de la pedagogía, la jurisprudencia o la técnica, los conocemos de antemano; la tarea consiste sólo en encontrar medios adecuados. Pero la ética es práctica en otro sentido. Casi podría decirse: en sentido opuesto. Aquellas disciplinas buscan procedimientos para el logro de fines; ésta preguntase por los fines supremos, es decir, por los que ya no pueden ser usados como medios, al servicio de ulteriores finalidades. El problema es, pues, inverso.

La pregunta acerca del deber plantea solamente la primera parte del problema ético. La otra es menos actual, salta menos a la vista, pero es más universal y no menos importante. Ante aquella pregunta, se halla el hombre obligado a adoptar una actitud. No se trata de una cuestión teórica, sino de un problema vital ineludible. El que carece de oídos para escuchar un imperativo, y de ojos para contemplar lo valioso, se encuentra inútilmente en este mundo. Lo impresionante no le conmueve; lo sublime no le eleva; es incapaz de descubrir el oculto sentido de las relaciones vitales, la riqueza inagotable de las situaciones y el valor de los actos y los hombres.

Al lado de la primera exigencia, existe otra ante el individuo: la de tomar parte en la plenitud de la existencia y abrir amorosamente sus sentidos frente a lo que tiene significación y valor. La ética tradicional no tomó esto en cuenta. La moral imperativista comete la misma falta, y se coloca también al margen de la plenitud y riqueza de la realidad. Deslumbramiento y ofuscación moral, ceguera deplorable para lo valioso: esto es la ética de deberes. Nada de extraño tiene que el pesimismo le pise los talones. Es difícil soportar la vida en un mundo desvalorizado, en el cual lo bueno y lo santo han sido degradados a la categoría de una escueta fórmula.

El problema de los valores es tan importante como el relativo al deber; su significación metafísica es más profunda, su contenido más rico y amplio. La primera cuestión encierra en su seno a la segunda. No puedo saber cuál debe ser mi conducta, si ignoro qué es valioso y qué carece



de valor. La solución que se dé al problema del deber, depende, por consiguiente, de la del otro problema.

La trascendencia metafísica del problema de los valores es incalculable. La acción humana carecería de sentido, si se agotase simplemente en la obra. Y si lo creado por los mortales no tuviese significación ninguna, el acto creador resultaría inexplicable y superfluo. Su cósmica pequeñez, su transitoriedad e impotencia, no quitan al ser humano su grandeza metafísica, ni destruyen su innegable superioridad sobre las demás formas de lo existente. Es sujeto entre objetos, actor y espectador, espejo cósmico, criatura y demiurgo. El *homo sapiens*, a quien Dios no dió alas, ha sabido, no obstante, remontarse a las azules alturas; surca las profundidades del mar y, en su impetuosa osadía, intenta las hazañas más portentosas, afirmando así su poderío sobre las fuerzas naturales, que en sus manos se transforman en dócil instrumento de realización de sus anhelos.

La situación privilegiada del ser humano no es una quimera o vana imagen de la fantasía. Tampoco delirio de grandeza. Los privilegios de nuestra especie son consecuencia obligada del puesto que el hombre ocupó en el Universo. No sabemos si, además de la conciencia, hay otro espejo del mundo. La fantasía puede imaginarlo; ello no cambia la situación de la especie. De tal situación estamos seguros, y esta certeza basta para reconocer y fundar nuestra significación metafísica. El hombre es acaso un turbio espejo de la realidad; pero es al fin un espejo, una lámina más o menos clara en la cual se refleja cuanto existe.

La participación del ser humano en el ir y venir de los acontecimientos, no es indiferente: en esa participación hay interés, hay simpatía, hay sentido de lo valioso. La sobriedad imparcial del pensamiento y la fría neutralidad de la reflexión filosófica son destilados secundarios.

El sentido de lo valioso es generalmente muy estrecho. Para la mayor parte de los hombres, los límites de sus intereses más urgentes, de sus relaciones vitales más inmediatas, son, a la vez, los límites de su existencia moral. Su vida es una vida limitada, empequeñecida; una caricatura de humanidad.

Cuando el poeta presenta ante nosotros una situación, descubrimos sin esfuerzo toda su plenitud moral, y de modo súbito observamos su sentido de valor, aun cuando muchas veces no tengamos clara conciencia de su especial y compleja estructura valiente.

Pero la vida difiere del arte dramático: en aquélla hace falta la mano sabia del maestro, la mano conductora que de manera imperceptible coloca en el primer plano todo lo importante, todo lo significativo, para que se torne visible, aun a los ojos más sencillos. Lo intrascendente, lo banal y lo superfluo, en cambio, son relegados

por el artista a un plano secundario, constituyen, por decirlo así, el fondo gris de la existencia, sobre el cual se destaca en tonos claros la belleza de las situaciones, el interés de los conflictos y la significación de las actitudes. Ello no obstante, la vida es siempre y en todas partes un intenso drama. Si pudiéramos contemplar la situación en que nos hallamos, de modo tan plástico como el poeta, aparecería ante nosotros tan rica y llena de matices como en las creaciones del arte. "Con gran frecuencia, al lanzar una mirada retrospectiva sobre nuestra existencia, la atención se detiene en determinadas situaciones concretas, que en otro tiempo nos parecieron intrascendentes; y con sorpresa que no se halla exenta de melancolía, descubrimos en tales situaciones un oculto y hondo sentido, una insospechada riqueza. Y experimentamos entonces un profundo y secreto dolor, al pensar en lo definitivamente ido, que fue nuestro y, sin embargo, jamás nos perteneció. Este *pasar indiferente* ante lo valioso, es un curioso capítulo de la historia de los hombres. Si hiciésemos a un lado todo aquello ante lo cual pasamos desapercibidos—sin una mirada de simpatía, sin el más leve sentimiento—, sólo podría-

Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166

México, D. F.

Instrumentos de Cirugía

Muebles para Hospital y Consultorio

Suturas Lukens Bragueros y Fajas

mos considerar como espiritualmente nuestra, una parte ínfima de la totalidad de la vida".

Los caminos de la existencia se cruzan de mil modos. Incontables hombres encuentran al hombre. Pero sólo unos cuantos son vistos por él; sólo para unos cuantos tiene una mirada inteligente, casi podría decirse: una mirada amante, ya que mirada sensible al valor, es mirada que ama. Y a la inversa: qué pocos hombres saben ver al hombre. Casi todos pasan indiferentes a su lado; tienen ojos, y no ven. Las vidas humanas se entrecruzan, como los senderos en la montaña; y, sin embargo, permanecen a menudo incomprendidas. Claro es que no todo individuo debe perderse en la vida de otro. La más profunda simpatía, la amistad íntima y el verdadero amor son singulares y exclusivos. Pero es indudable que en ese general pasar desapercibido, cada uno lleva en el corazón un mutuo deseo de ser visto, de ser comprendido por un semejante. ¿No constituye acaso la gran desilusión de muchos pasar por el mundo con las manos vacías, encontrarse inútilmente ante el prójimo y desfilar frente a él sin ser visto, valorizado ni reflejado? Y esta frialdad y esa ceguera parecen absurdas, si se piensa que cada uno sabe del anhelo de todos por la mirada compasiva y, ello no obstante, pasa junto a los demás sin mirar ni ser mirado, llevando en el alma el dolor secreto de su soledad.

Al lado del natural egoísmo, el temor a los hombres y el orgullo falso, la imposibilidad de ver moralmente es la que determina tal indiferencia. Y lo que acontece en pequeño, repítase en grande en los grupos sociales, los partidos políticos, las comunidades y naciones. El particularismo de los partidos en la vida pública, no difiere mucho del jacobinismo de los Estados en la historia, ni deja de parecerse al egoísmo individual.

Si hay una época en la cual el afinamiento de la conciencia estimativa resulte indispensable, esa época es incuestionablemente la nuestra. La vida del hombre moderno no es favorable a la interiorización o el recogimiento. Carece de la calma propicia a la contemplación, es una vida febril e incansable, un apresurarse de manera desmedida, un correr sin meta ni reflexión. Las exigencias de la vida exterior se han multiplicado; y en la interior atropellándose entre sí las impresiones, las experiencias, las sensaciones más diversas. Clavamos siempre los ojos en lo último, en lo novedoso; vivimos de sensación en sensación. Y nuestra energía se pierde en futilidades, y el sentido de lo valioso se embota en esta caza incesante de lo sensacional. El hombre moral representa el reverso de la medalla. "Es el que tiene ojos para los valores, el *sapiens* en el pristino sentido del vocablo; el que posee el órgano adecuado para descubrir la plenitud de la existencia, ese "organe morale" que revelaba a Franz Hemsterhuis las perspectivas de un reino deslumbrante".

(De *Letras de México*.—México, D. F.)

El Radio y el Escritor

Por MERRILL DENISON

LA posición del escritor sigue siendo el enigma central de la radiodifusión! En cualquiera otra parte el artifice literario o dramático, goza de común reconocimiento, es frecuentemente respetado y algunas veces recompensado con generosidad. En el teatro su posición es generalmente honrosa y algunas veces ventajosísima. En el cine, el provecho llega a sobrepasar al honor; pero, en todo caso, son ambos substanciosos. De los editores, el escritor recibe cálidas adulaciones y, a su tiempo, una parte en las utilidades. Las revistas le conceden, sin reparos, que la circulación se halla basada en las colaboraciones que él aporta y, conforme a ello, le recompensan. Aun trabajando para el periodismo, puede aspirar el escritor a encontrarse un día colmado de distinciones. Solamente cuando aplica su talento a la radiodifusión, se convierte en un perenne Oliverio Twist, pues no pasa entonces de ser un tipo útil, pero desestimado.

Es asombroso que semejante posición se haya mantenido por tiempo tan largo. Es asimismo desventurada cosa, porque le ha cerrado al radio un ancho campo de utilidades, de verdadero placer a los radioescuchas. Motivo de discusión puede ser a quien ha de atribuirse la culpa. Caminando a tientas y pagando lo que podían comprar, las radiodifusoras, en sus comienzos, dieron entrada a los elementos que buenamente podían conseguir, y, aceptando tales elementos, se han estacionado después en ello, sin dar un paso adelante. Por otra parte, los escritores de fama ya hecha se han mantenido alejados, o, tras someterse temporalmente a las indignidades del radio comercial, han huído como ciervos asustados rumbo a los campos relativamente menos impuros de Hollywood, hacia la atmósfera más agradable de los magazines, o se han confinado en la reclusión, no muy lucrativa por cierto, de sus propios libros. Pero, además de éstos, existen otros motivos a que puede atribuirse buena parte de la responsabilidad. Merced al fracaso de la prensa no se hace nunca una crítica respetable de los programas, no se han llegado a fijar modelos de las transmisiones, ni se ha formado todavía un sentido crítico suficiente entre los radioescuchas. Y tienen también su parte las agencias anunciadoras. En tanto que muchísimo han hecho para ensanchar el campo de las radiodifusiones, han permanecido, en cambio, indiferentes a la necesidad de una literatura más noble para el aire.

Es cosa muy común, cuando se trata de censurar las transmisiones, referirse exclusivamente a los auditorios. Considérese que, en términos generales, los radioescuchas sólo manifiestan su aprobación por lo que ya han oído alguna vez, y, como